



HAL
open science

Entre abandono y desmemoria: César Vallejo o la poética de la orfandad

Federico Bravo

► **To cite this version:**

Federico Bravo. Entre abandono y desmemoria: César Vallejo o la poética de la orfandad. Carla Fernandes. D'oublis et d'abandons: notes sur l'Amérique latine, Editions Orbis Tertius, pp.195-210, 2017, 978-2-36783-090-2. hal-02522073

HAL Id: hal-02522073

<https://hal.science/hal-02522073>

Submitted on 29 Sep 2020

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Entre abandono y desmemoria: César Vallejo o la poética de la orfandad

Liens sont les noms qui résistent à l'oubli.
Patrick LACOSTE, *Contraintes de pensée, contrainte à penser*, VIII.

Nous sommes des exilés de la poésie tombés dans la prose, une nostalgie de la première patrie nous habite...
Edmundo GÓMEZ MANGO, *Un muet dans la langue*, II.

Del abandono dice el diccionario de la RAE que es la acción y el efecto de abandonar¹. Despachando así la definición de la palabra con la socorrida fórmula “acción y efecto”, se quedan en el tintero todos los casos en que, ni acción ni efecto, el abandono es un sentimiento, una experiencia psicológica, una vivencia intersubjetiva desconectada de contingencias fácticas. Si el castellano, como el francés, distingue por ejemplo la culpa de la culpabilidad, que es el sentimiento de culpa, el abandono –como la soledad– es a la vez un estado y el sentimiento que provoca ese estado: lo que llamamos abandono es, en realidad, una de cada dos veces, el sentimiento de abandono. Para aclarar de entrada el enfoque que daré a mi exposición diré que el abandono de que voy a tratar aquí, aunque referido a la vida y, sobre todo, a la obra de un poeta, no es el abandono como tal, sino la carga afectiva que va asociada a ese abandono, es decir, la vivencia psicológica del abandono.

Tres son así los presupuestos que guiarán mi reflexión. El primero es que, aunque pueda estar estrechamente ligado a un acontecimiento desencadenante, el abandono no es el hecho en sí sino la vivencia y ulterior reviviscencia de ese hecho. El segundo presupuesto de mi análisis es que ese abandono, que puede resolverse o no en síndrome, está relacionado con un acontecimiento traumático en la vida psíquica del niño, acontecimiento real o fantaseado, pero de idéntico impacto en el devenir psicológico del adulto, que reeditará consciente o inconscientemente la vivencia traumática inicial cada vez que, en la vida cotidiana, se vea enfrentado a una situación dolorosa afín. El tercer y último punto es que por múltiples y variadas que sean las formas que reviste ese abandono, se trata de un sentimiento universal, lo que significa que todo ser humano es capaz de representarse, por pura proyección personal, el dolor del que sufre de abandono².

El primer abandono en la vida de todo ser lo representa la escisión que supone la expulsión fuera del seno materno del que durante nueve meses o, por decirlo con palabras de Vallejo, “durante dos corazones” ha viajado “por el vientre” de la madre³. Por idóneas que sean las circunstancias en que el nuevo ser llega al mundo y se desenvuelve en él durante la primera infancia, el bebé, irreversiblemente separado del cuerpo envolvente con el que no ha sido más que uno, aprende a sobrellevar en los primeros meses de su existencia las inevitables ausencias y abandonos a que lo expondrán los avatares de la vida cotidiana. “Yo sé que estabas en la carne un día –escribe Vallejo en *Los heraldos negros*– cuando yo hilaba aún mi embrión de vida”. Un hermético poema de *Trilce* que interpreté en su momento como la

¹ Ponencia presentada en la Universidad de Burdeos el 6 de octubre de 2016 con ocasión del coloquio internacional *Amérique : Oubli(s) et abandons* organizado por Carla Fernandes.

² Cf. Saverio Tomasella, *Le sentiment d'abandon*, Eyrolles, 2010. De obligada consulta para la cuestión específica del olvido es el ensayo de Dominique Bourdin, *De l'oubli. Dynamique du fonctionnement psychique*, Paris, Armand Colin, 2004. Véase asimismo el estudio de Simon Daniel Kipman, *L'oubli et ses vertus*, Paris, Albin Michel, 2013

³ “El buen sentido”, *Poemas en prosa*.

escenificación fantasmática de una regresión temporal, relata esta imaginaria vuelta al seno materno, nostalgia de la vida intrauterina –“un nacimiento al revés, la involución de un parto, una absorción⁴”–:

Este cristal aguarda ser sorbido
en bruto por boca venidera
sin dientes. No desdentada.
Este cristal es pan no venido todavía.

Hiere cuando lo fuerzan
y ya no tiene cariños animales.
Mas si se le apasiona, se melaría
y tomaría la horma de los sustantivos
que se adjetivan de brindarse.

Quienes lo ven allí triste individuo
incolore, lo enviarían por amor,
por pasado y a lo más por futuro:
si él no dase por ninguno de sus costados;
si él no espera ser sorbido de golpe, por boca ve-
nidera que ya no tendrá dientes.

Este cristal ha pasado de animal,
y márchase ahora a formar las izquierdas,
los nuevos Menos.
Déjenlo solo no más.

El abandono en la obra de César Vallejo es una constante : también lo fue en su vida. Si de todos los abandonos el más radical es el de la muerte, el abandono por antonomasia es, pues, el de la madre ausente, ausencia en que retumban los vagidos de una triple orfandad, a la vez fantasmática, simbólica y estética. Partiendo de este presupuesto expondré brevemente las tres hipótesis de trabajo que me ha sugerido la lectura contextualizada de la obra poética de César Vallejo.

Primera hipótesis: el abandono de que se nutre y que propulsa la escritura de Vallejo es un abandono defensivo, compensatorio, de origen traumático, reflejo de otro, abisal, del que nada sabemos. De nada sirve hurgar en la biografía del poeta: todos los abandonos de que nos habla en su obra y que nos dan la impresión de conocerlo tan bien – la orfandad, el desengaño amoroso, el trauma de la cárcel, la nostalgia del lejano Perú natal, el horror de la guerra civil – no son sino las réplicas visibles de un seísmo interior que permanecerá incógnito para el lector por más que indague en los recovecos de su infancia, salvo que decida perderse en el terreno pantanoso de las conjeturas. Son expresiones tardías, manifestaciones secundarias de un duelo arcaico, de una separación primera, de un abandono primitivo no por nebuloso y remoto menos vívido y pertinaz. “Todo duelo –escribe el psicoanalista Jacques André–, aunque sea el primer duelo vivido, es la repetición, la actualización, la transformación de una muerte y de un sufrimiento ignorados⁵”. Todo duelo, en la poesía de Vallejo, es reedición metafórica de la pérdida de otro objeto múltiples veces perdido y múltiples veces llorado o, por decirlo de otra manera: César Vallejo no *vivió* abandonado, sino que *nació* abandonado,

⁴ “Quiero ser absorbido por su vagina, adentrarme en su útero y quedarme ahí como un embrión asustado. Un nacimiento al revés, la involución de un parto, una absorción”. Pepe Peraza, *Se ruega silencio*, Lupercalia, 2015. Véase en este mismo volumen el estudio titulado “Du temps et de sa géométrisation : lecture de *Trilce XXXVIII*”.

⁵ Jacques André, *Les désordres du temps*, Paris, PUF, 2010, p. 18.

de modo que los grandes núcleos temáticos de su poesía no son sino alomorfos, variaciones, transmutaciones de ese primer abandono soterrano.

Con esto no estamos diciendo que el abandono en la obra del poeta sea una pose o una postura estética: lo que decimos es que Vallejo vive en sus carnes el abandono antes de haberlo sufrido, se siente abandonado antes de haberlo sido. Tampoco estamos hablando aquí de un abandono preventivo, conjurador: nos estamos refiriendo a lo que podríamos llamar un abandono redivivo, esto es, al despertar de un dolor arcaico silenciado. Vallejo no esperó a estar huérfano para experimentar el desamparo de la orfandad: “Yo nací un día / que dios estuvo enfermo, / grave”, rezan los últimos versos de *Los heraldos negros*. Se puede decir más fuerte pero no más claro: aunque tuvo una madre amantísima, un padre atento que le prodigó afecto y dedicación y diez hermanos que lo arroparon cariñosamente como *shulka* que era – menor de la tribu –, Vallejo nació irremisiblemente huérfano un día en que dios ya le estaba dando la espalda y será ese dios “enfermo, grave” el que, marcado a fuego en el frontispicio de su obra, reaparecerá, al discurrir de los versos, “curvado en el tiempo”, “sobresaltado”, “en batallón” o “desgraciado”:

Hay golpes en la vida, tan fuertes Yo no sé!
Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos,
la resaca de todo lo sufrido
se empozara en el alma. Yo no sé!⁶

Del mismo modo, Vallejo tampoco esperó a que lo encarcelaran para conocer la soledad del recluso, ni tuvo que abandonar su Perú natal para sufrir en carne propia el embate de la separación o conocer la miseria para experimentar hambre: “Miro el dolor del hambriento y veo que su hambre anda tan lejos de mi sufrimiento, que de quedarme ayuno hasta morir, saldría siempre de mi tumba una brizna de yerba al menos”, escribe el poeta en uno de sus *Poemas humanos*. Y es que, dejado de la mano de dios, Vallejo nació a un tiempo huérfano, preso, exiliado y hambriento. Los biógrafos del poeta refieren a este último respecto una anécdota que me parece sumamente reveladora: “Sus familiares –recuerda Julio Ortega– han contado que, de niño, jugaba misteriosamente a tener hambre, y hurtaba panes del horno para comerlos a escondidas; en otra ocasión explicó que los palotes que había trazado en la tierra eran una carta dirigida a su madre en que le decía que pasaba hambre. Su familia, aunque modesta, era, sin embargo, acomodada; el padre había sido gobernador de Santiago⁷”. En su infancia, Vallejo no conoció más hambre que la que jugó a inventarse, demostración donde las haya de que el fantasma siempre puede más que la realidad:

La cena miserable

Hasta cuándo estaremos esperando lo que
no se nos debe... Y en qué recodo estiraremos
nuestra pobre rodilla para siempre! Hasta cuándo
la cruz que nos alienta no detendrá sus remos.
Hasta cuándo la Duda nos brindará blasones
por haber padecido!...
Ya nos hemos sentado
mucho a la mesa, con la amargura de un niño
que a media noche, llora de hambre, desvelado...
Y cuándo nos veremos con los demás, al borde
de una mañana eterna, desayunados todos!

⁶ Tratándose de los primeros versos del primer poemario de Vallejo, pueden considerarse estos como el epígrafe que el poeta puso al frente no solo de su primer libro sino de toda su obra.

⁷ Julio Ortega, *César Vallejo, La escritura del devenir*, Lima, Santillana, 2014, p. 15.

Hasta cuándo este valle de lágrimas, a donde
yo nunca dije que me trajeran.
De codos
todo bañado en llanto, repito cabizbajo
y vencido: hasta cuándo la cena durará.
Hay alguien que ha bebido mucho, y se burla,
y acerca y aleja de nosotros, como negra cuchara
de amarga esencia humana, la tumba...
Y menos sabe
ese oscuro hasta cuándo la cena durará!
(*Los heraldos negros*)

Segunda hipótesis: el abandono sufrido se convierte en abandono buscado, por mor de un proceso compensatorio que transforma la descarga afectiva asociada al duelo en fuente de gratificación. Nos cuidaremos muy mucho de especular sobre las causas profundas de este enquistamiento radical del dolor y del estado de duelo permanente a que está sometido el yo poético. Con todo podemos subrayar la función subjetivante y transformadora del duelo. En tanto que elaboración psíquica reparadora, el duelo no supone el olvido del objeto perdido sino la transformación e incesante recreación del lugar de la falta, del espacio de la ausencia. El duelo es así una forma de resistencia al olvido, por lo que el poeta vive insospechadamente las situaciones de duelo como situaciones que lo acercan al objeto perdido. Podemos decir que el abandono en la vida y en la obra de Vallejo es un abandono estructural. Sufrir es una forma de alucinar, esto es, de dar presencia al objeto perdido y ese sufrimiento o mejor dicho la remanencia de ese sufrimiento quintaesenciado, desconectado de toda etiología, universalizado, es lo que lleva al poeta a un sufrimiento cósmico, universal, transpersonal:

Voy a hablar de la esperanza

Yo no sufro este dolor como César Vallejo. Yo no me duelo ahora como artista, como hombre ni como simple ser vivo siquiera. Yo no sufro este dolor como católico, como mahometano ni como ateo. Hoy sufro solamente. Si no me llamase César Vallejo, también sufriría este mismo dolor. Si no fuese artista, también lo sufriría. Si no fuese hombre ni ser vivo siquiera, también lo sufriría. Si no fuese católico, ateo ni mahometano, también lo sufriría. Hoy sufro desde más abajo. Hoy sufro solamente.

Me duelo ahora sin explicaciones. Mi dolor es tan hondo, que no tuvo ya causa ni carece de causa.
[...]

Yo creía hasta ahora que todas las cosas del universo eran, inevitablemente, padres o hijos. Pero he aquí que mi dolor de hoy no es padre ni es hijo. Le falta espalda para anochecer, tanto como le sobra pecho para amanecer y si lo pusiesen en la estancia oscura, no daría luz y si lo pusiesen en una estancia luminosa, no echaría sombra. Hoy sufro suceda lo que suceda. Hoy sufro solamente.
(*Poemas en prosa*)

Decíamos antes que Vallejo conoció la orfandad antes de perder a sus padres, el encierro antes de ir a prisión, el desarraigo antes expatriarse del Perú, el hambre antes de ser pobre, el terror antes de conocer la guerra. Sin caer en un determinismo biográfico radical, podemos afirmar que muchas de las situaciones de abandono que conoció Vallejo y en las que su pluma encontró solaz para explayar el dolor, fue el propio poeta el que las propició. Obviamente la pérdida de la madre no fue una situación querida. Sí lo fue en cambio el proceso que llevaría a Vallejo a universalizar esa orfandad hasta convertirse, en *España, aparta de mí este cáliz*, en un Cristo agónico sufriendo descarnadamente en su ser los estragos de la contienda fratricida : antes de ser un hecho biográfico, la orfandad es un hecho psicológico.

Por supuesto no cabe pensar que viviendo y multiplicando las situaciones de abandono el poeta ponía en sintonía su vivencia interior con la realidad exterior, pero lo cierto es que el abandono fue como un norte en la brújula de su existencia. La decisión de expatriarse, como la de involucrarse en la guerra de un país que no era el suyo, fueron opciones deliberadas en las que el exilio interior del poeta se proyectaba y encontraba un eco, una resonancia exterior. Visto desde aquí, el encarcelamiento totalmente absurdo e injustificado que sufrió Vallejo por un crimen que nunca cometió cobra visos de freudiano acto fallido; del mismo modo sus desencuentros amorosos con Mirtho en Trujillo o con Otilia Villanueva en Lima nos muestran a un poeta más constante en el sufrimiento de la ruptura, de la culpa y de nostalgia por el amor muerto que en la jubilación del encuentro: un poema como *Espergesia*, probable contracción de “espermatogenesis”, cobra así especial resonancia cuando se piensa en los múltiples abortos a que, según refiere André Coyné, se vería sometida años más tarde su esposa Georgette Philippart, siendo así que para Vallejo “un revolucionario consciente no debía tener hijos” porque estos se exponían al sufrimiento. Y es que Vallejo no vino al mundo para ser padre, sino para ser hijo –hijo cósmico– y para ser huérfano –huérfano universal–:

Lomo de las sagradas escrituras

Sin haberlo advertido jamás, exceso por turismo
y sin agencias
de pecho en pecho hacia la madre unánime.
Hasta París ahora vengo a ser hijo. Escucha,
Hombre, en verdad te digo que eres el HIJO ETERNO
pues para ser hermano tus brazos son escasamente iguales y tu malicia para ser padre, es mucha.
La talla de mi madre moviéndome por indole
de movimiento,
y poniéndome serio, me llega exactamente al corazón: pesando cuanto cayera de vuelo con mis
tristes abuelos, mi madre me oye en diámetro callándose en altura.
Mi metro está midiendo ya dos metros
mis huesos concuerdan en género y en número
y el verbo encarnado habita entre nosotros
y el verbo encarnado habita, al hundirme en el baño,
un alto grado de perfección.

Tercera y última hipótesis: César Vallejo no se limita a transformar el trauma del abandono en materia literaria, sino que hace de él el motor de su poética. Toda la obra de Vallejo es, pienso, reacción poética a y recreación poética de esa ausencia asumida, encarnada en el aquí del ser y convertida en proyecto estético. Escribiendo, el poeta recrea compensatoriamente las condiciones de aquella ausencia prístina y la transmuta en método de indagación poética, en sistema estético. La lejanía, el silencio, la melancolía, la enfermedad, la miseria, no son sino transfiguraciones temáticas del mismo abandono primero, pero también lo son la destrucción programada de la rima, la expansión prosódica del verso hasta el límite de lo métricamente tolerable, la privatización del lenguaje –escenario de todo tipo de rupturas enunciativas, hibridaciones e interferencias–, la práctica sistemática de la elipsis, la puesta en crisis del orden retórico del texto, la reivindicación de lo desperejo y el subsiguiente repudio de las formas binarias, la prosaización a ultranza de la palabra poética y otros tantos procedimientos de descompensación del texto, que no son en puridad sino transposiciones procesuales de un mismo abandono estructural: el abandono de lo que en un texto fundacional Vallejo llamará *la segura dupla de la armonía...*

No estamos hablando ya de temas, de motivos o de imágenes sino de procedimientos de la escritura, de modelos discursivos, de paradigmas formales, de presupuestos estilísticos, en suma de una poética. Paradigmático a este respecto es, como acabo de decir, el poema que Vallejo le dedica en *Trilce* al imposible abrazo de la Venus de Milo que con sus inexistentes brazos trata heroicamente de “encodarse” y en cuya anatómica carencia, trocada en plenitud, proyecta Vallejo su ideal estético, propugnando como modelo la potencia germinal de cuanto no llega a nacer, la orfandad numérica, el rechazo de la simetría confortadora y la inversión dialéctica:

Pugnamos ensartarnos por un ojo de aguja,
enfrentados, a las ganadas.
Amoniácase casi el cuarto ángulo del círculo.
¡Hembra se continúa el macho, a raíz
de probables senos, y precisamente
a raíz de cuanto no florece!

¿Por ahí estás, Venus de Milo?
Tú manqueas apenas, pululando
entrañada en los brazos plenarios
de la existencia,
de esta existencia que todaviiza
perenne imperfección
Venus de Milo, cuyo cercenado, increado
brazo revuélvese y trata de encodarse
a través de verdeantes guijarros gagos,
ortivos nautilus, aunes que gatean
recién, vísperas inmortales.
Laceadora de inminencias, laceadora
del paréntesis.

Rehusad, y vosotros, a posar las plantas
en la seguridad dupla de la Armonía.
Rehusad la simetría a buen seguro.
Intervenid en el conflicto
de puntas que se disputan
en la más torionda de las justas
el salto por el ojo de la aguja!

Tal siento ahora al meñique
demás en la siniestra. Lo veo y creo
no debe serme, o por lo menos que está
en sitio donde no debe.
Y me inspira rabia y me azarea
y no hay cómo salir de él, sino haciendo
la cuenta de que hoy es jueves.

¡Ceded al nuevo impar
potente de orfandad!

Lo que reivindica aquí la voz poética es la potencia heurística y transformadora de la orfandad: la belleza de la estatua radica no en la perfección de su cuerpo sino en la imperfección de sus brazos que, operando todo tipo de inversiones, son capaces de contener todos los posibles, de trastocar la realidad, de remontar el curso del tiempo: y si “no hay cómo salir de él, sino haciendo / la cuenta de que hoy es jueves” es porque el jueves, día de Júpiter, es la víspera inmortal del día de Venus.

Vallejo no esperó a conocer el materialismo histórico ni la doctrina marxista para consagrar la dialéctica como método poético: de inversiones dialécticas está cuajada toda su obra, de modo que cuando en 1923, cinco años después de la muerte de su madre, escribe el texto en prosa titulado *Más allá de la vida y de la muerte*, en el que relata la peregrinación alucinada del hijo al reencuentro de la madre difunta, no es ya la madre la que está muerta sino el propio Vallejo el que, muerto y resucitado, se ha convertido en hijo universal y la madre la que se ha quedado huérfana de su propio hijo:

¡Meditad brevemente sobre este suceso increíble, rompedor de las leyes de la vida y la muerte, superador de toda posibilidad; palabra de esperanza y de fe entre el absurdo y el infinito, innegable desconexión de lugar y de tiempo; nebulosa que hace llorar de inarmónicas armonías incognoscibles!

¡Mi madre apareció a recibirme!

—¡Hijo mío! —exclamó estupefacta—. ¿Tú vivo? ¿Has resucitado? ¿Qué es lo que veo, Señor de los Cielos?

¡Mi madre! Mi madre en alma y cuerpo. ¡Viva! Y con tanta vida, que hoy pienso que sentí ante su presencia entonces, asomar por las ventanillas de mi nariz, de súbito, dos desolados granizos de decrepitud que luego fueron a caer y pesar en mi corazón hasta curvarme senilmente, como si, a fuerza de un fantástico trueque de destinos, acabase mi madre de nacer y yo viniese, en cambio desde tiempos tan viejos, que me daban una emoción paternal respecto de ella.⁸

Concluyo aquí. El abandono es el motor del reencuentro. También lo es de la contradicción dialéctica y de la inversión como principios poéticos. A su vez, la orfandad representa la proyección afectiva del abandono. En cuanto al olvido, es, singularmente, una figura del recuerdo, una exacerbación de la memoria, una forma de hipermnésia que condena implacablemente al yo poético a seguir acordándose de los que lo han olvidado y a cargar agónicamente con los estigmas del abandono. Por más que intente acallar la voz del niño que habita en él, son los sollozos de la infancia enlutada los que nublan la vista y embargan la voz del poeta y los que, de un poema a otro, llegan, como un eco mortecino pero con toda nitidez, al oído del lector. Así, los tres centenares de poemas que compuso Vallejo en su corta existencia no son, en mi opinión, sino transfiguraciones poéticas del mismo trasunto infantil, revivido a través de las edades. Posiblemente sea *Trilce III*, con cuyos versos cerraremos este trabajo, una de las más emotivas:

Las personas mayores
¿a qué hora volverán?
Da las seis el ciego Santiago,
y ya está muy oscuro.

Madre dijo que no demoraría.

Aguedita, Nativa, Miguel,
cuidado con ir por ahí, por donde
acaban de pasar gangueando sus memorias
dobladoras penas,
hacia el silencioso corral, y por donde
las gallinas que se están acostando todavía,
se han espantado tanto.
Mejor estemos aquí no más.
Madre dijo que no demoraría.

Ya no tengamos pena. Vamos viendo
los barcos ¡el mío es más bonito de todos!

⁸ *Escalas melografiadas*, Barcelona, Laia, 1980, p. 35.

con los cuales jugamos todo el santo día,
sin pelearnos, como debe ser:
han quedado en el pozo de agua, listos,
fletados de dulces para mañana.

Aguardemos así, obedientes y sin más
remedio, la vuelta, el desagravio
de los mayores siempre delanteros
dejándonos en casa a los pequeños,
como si también nosotros
no pudiésemos partir.

Aguedita, Nativa, Miguel?
Llamo, busco al tanteo en la oscuridad.
No me vayan a haber dejado solo,
y el único recluso sea yo.